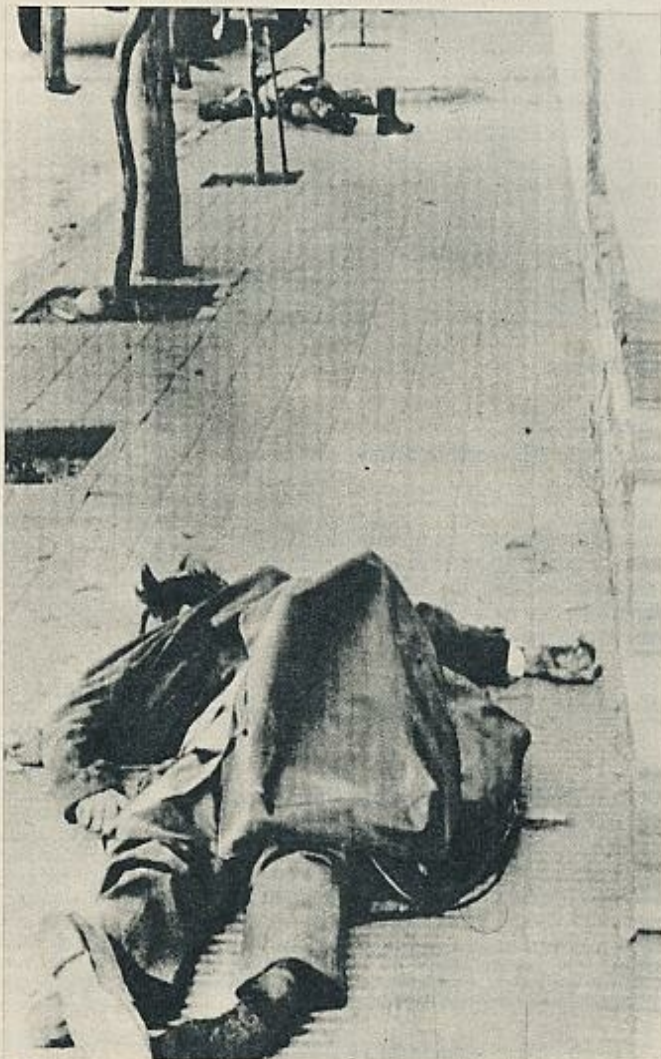


PERON, O LA LEYENDA QUE NO CESA

DURANTE diez años el general Perón mantuvo en la República Argentina un régimen fascista. Conviene no engañarse en esto. El fascismo fue el nombre específico dado por Mussolini a un movimiento y a una larga dictadura sobre Italia, pero limitarlo a ello es exculpar o disfrazar otros movimientos paralelos. Fascismo se puede emplear hoy en forma genérica, y Perón fue un fascista —y aun con rasgos mussolinianos— con todos los rasgos típicos: una fascinante demagogia, un culto a la personalidad del dictador —en este caso sublimado en la personalidad de su esposa, Eva Duarte—, una eficaz y nada bondadosa policía política, la anulación de la libertad de prensa —con un momento culminante, la incautación en 1951 del diario «La Prensa»—, la supresión de las libertades de pensamiento y acción política y una cierta imitación de la eficacia comunista (los «Planes Quinquenales»). Como los fascismos europeos, fue elevado al poder por la oligarquía con la intención de que controlase y dirigiese a las masas de descontentos, pero desbordó a esas clases oligárquicas hasta que, finalmente, fueron ellas las que consiguieron dominarle y destruirle.

«Las guerrillas, los secuestros, los actos de terrorismo, tienen en Argentina menos importancia que en otros países latinoamericanos, porque las huelgas obreras, las manifestaciones y las ocupaciones de fábricas —principalmente en Córdoba, donde están las principales industrias— son las que dirigen la acción política». En la foto, los cuerpos de dos huelguistas muertos, en Córdoba, por la Policía.



PERO tampoco conviene engañarse acerca de los fascismos y, en este caso, acerca del fascismo de Perón. No son enteramente negativos, baldíos o estériles. Si carecen de una verdadera doctrina y la sustituyen con retórica, y prefieren la retórica como medio de gobierno, también «hacen». Están obligados a hacer. Se atribuye a la época española de la dictadura de Primo de Rivera una frase muy exacta: «Las dictaduras son como las bicicletas: si se paran, se caen». Perón, a partir del primer golpe de Estado de 1943 —un grupo de oficiales inspirados por Perón llevaron a la presidencia nominal al general Pedro Pablo Ramírez— comenzó a apoyarse en la abandonada masa laboral. Un cuarto de siglo antes, el Presidente Yrigoyen —que se mantuvo en el poder durante casi quince años— había conseguido integrar a la política argentina a las clases medias, sosteniendo al mismo tiempo una lucha considerable contra las grandes oligarquías aristocráticas y contra los revolucionarios populares. Perón introdujo de lleno a estas clases populares, apartándolas del marxismo con promesas y realizaciones inmediatas en lugar de con las armas en la mano, como había hecho Yrigoyen en la «Semana Trágica» de 1919. Cuando fue secretario de Trabajo con Ramírez, desplegó toda la panoplia de mejoras laboristas (alza de salarios, viviendas baratas, seguridad social) que le conquistaron la adhesión inmediata de los que hasta entonces habían sido desheredados de la política. Hizo algo más importante aún: reorganizó la C. G. T. (Confederación General del Trabajo) y convirtió a los sindicatos en una arma importante. A la caída de Ramírez, Perón fue degradado y deportado: el pueblo salió a la calle —al frente de las manifestaciones una joven locutora de radio, Eva Duarte— y consiguió su libertad. En las elecciones de 1946 fue elegido Presidente de la República y comenzó su gran jornada política. Eva Duarte estaba ya más o menos visiblemente a su lado; posteriormente se casaron. Algunos historiadores atribuyen la parte principal de este período a Eva Duarte y la consideran como la verdadera creadora de la «nueva Argentina», y llegaron a suponer que sin su prematura muerte —en 1952, a los treinta y tres años— Perón no habría perdido nunca el poder. Son especulaciones. Perón tenía una personalidad muy fuerte, un gran atractivo personal y una actividad incesante. El embrión sindical lo había creado antes de conocer a Eva Duarte, y lo continuó con ella. El «Justicialismo», los «descamisados», son términos retóricos que llegaron a tener un valor real. Los sindicatos se convirtieron en una organización poderosa: no han dejado de serlo. Perón y Eva Duarte transformaron el rostro aristocrático, cerrado, puritano y desdeñoso de la Argentina. Aparecieron como abanderados de un nacionalismo antianqui —los Estados Unidos le han combatido siempre—, abrieron por primera vez las urnas a las mujeres, dieron prioridad a la enseñanza laica, admitieron el reconocimiento de los hijos ilegítimos, abolieron la prostitución, introdujeron el divorcio... Nacionalizaron los teléfonos (norteamericanos), los ferrocarriles (británicos), las compañías de transporte. Iniciaron una reforma agraria, continuando la tímida de Yrigoyen (la suya no fue mucho más audaz).

PROBABLEMENTE todos estos elementos estaban faltos de verdadera doctrina. Faltaba un plan concreto, una estructuración real del país. Era movimientos compulsivos, instintivos (y esta es una característica primordial de los fascismos) y carecían de base económica. Si la guerra mundial había dado un alivio ficticio a la economía del país, la posguerra no era nutritiva para la Argentina. Le faltaba la alternativa de las potencias del Eje para amenazar a los Estados Unidos. Las nuevas empresas nacionalizadas habían costado muchos millones de pesos en divisas, y se habían vuelto improductivas. En una parte, por la incapacidad de gerencia; en otra, por la corrupción. La elevación del nivel de vida de las clases obreras no se conseguía por una mayor producción o por mejor organización del trabajo y del reparto de la riqueza, sino acudiendo a las reservas del Estado y a la deuda pública. La industrialización no pasó de ser un proyecto. El país no cesaba de depender de su agricultura, de su trigo y su ganado: la manipulación de los mercados exteriores por los Estados Unidos —en sus últimos años de gobierno Perón intentó aproximarse a Washington— dirigía lejanamente la situación económica del país. Una sequía bastaba para conmovir las bases del régimen (la de 1951 fue decisiva).

QUIZA los enemigos de Perón se precipitaron al dar su golpe de Estado contra él —cinco días de septiembre de 1955 bastaron para destruir su inmenso poder— en lugar de haber dejado que se desmoronase solo, de haber esperado un poco más. La consecuencia fue que



«El regreso de Perón parece sometido a varias condiciones, que deben ser las que se están negociando ahora en Madrid». Entre los que han venido, José Ricci, secretario general de la Confederación General de Trabajo (C. G. T.), de signo peronista.

heredaron el vacío económico que había dejado, lo asumieron y se hicieron responsables de él, mientras el general partía al exilio con una leyenda: la de que durante los diez —casi— años de su régimen, el proletariado había sido más feliz que nunca y que el regreso al dominio oligárquico, de las castas superiores, había cortado todos los avances sociales.

ESTA leyenda vive aún en la República Argentina. Desde 1955 hasta estos decisivos momentos en que se está tratando del regreso del general, la memoria del gran ausente, la evocación de Eva Duarte —se busca su cadáver embalsamado, oculto en una maniobra truculenta para evitar el culto enfecido: los peronistas llegaron incluso a pedir al Vaticano su beatificación— ha dominado la política argentina. Sobre todo, porque esta leyenda está basada en una realidad, como es la organización sindical, la C. G. T. Presidentes civiles y militares, golpes y contragolpes, no han conseguido borrar esta huella profunda. La contraleyenda organizada en la Argentina no ha dado resultado. En estos quince años, el nombre público del general Perón ha ido acompañado de denuestos. Tiene dos causas pendientes, una abierta por los militares dominantes, que le acusan de alta traición, y otra civil, por corrupción de menores (a la muerte de Eva Duarte, Perón vivió con una niña de trece o catorce años, Nérida Rivas, y según se dice con otras muchas menores; a él se atribuye la frase, luego chiste popular, de «No soy supersticioso» cuando alguien le reprochaba el concubinato con una niña de trece años. Los padres de Nérida Rivas fueron instigados a querrelarse, y Perón ha sido condenado en rebeldía por ese delito, grave en la puritana Argentina).

LOS sindicatos peronistas no son enteramente peronistas. Han servido de base a la introducción de las varias clases de marxismo —comunismo ortodoxo, guevarismo, trotskismo...— que existen en la clase obrera. Las guerrillas, los secuestros, los actos de terrorismo, tienen en Argentina menos importancia que en otros países latinoamericanos, porque las huelgas obreras, las manifestaciones y las ocupaciones de fábricas —principalmente en Córdoba, donde están las principales industrias— son las que dirigen la acción política. Estas presiones populares han llegado a una situación que parece un desenlace: la presidencia del general Lanusse y la promesa de éste de un «regreso a la democracia» mediante el «desbloqueo» de la figura de Perón y la celebración de unas elecciones generales hacia 1973 ó 1974. Es decir, en una fecha en la que Perón tendrá setenta y ocho o setenta y nueve años. La aparición de este movimiento es la de una «digestión» del peronismo: si el fenómeno es demasiado fuerte como para que las oligarquías puedan luchar contra él, como se ha visto en estos últimos quince años, tratará de asimilarlo. Por eso el regreso de Perón parece sometido a varias condiciones, que deben ser las que se están negociando ahora en Madrid. Puede suponerse que la idea de Lanusse y quienes le rodean es que el regreso del general Perón y la devolución del cadáver de Eva pueden contribuir a la disolución de la leyenda y que las divisiones de la oposición van a acentuarse. Pero es una jugada arriesgadísima. Nadie puede garantizar que el regreso de Perón a la Argentina no sea el origen de unas grandes manifestaciones populares que le sitúen en el poder, que provoquen un cambio de régimen violento. Perón debería comprometerse, desde Madrid —donde no hace ninguna declaración para no violar su «status» de refugio político—, a que esto no suceda así, pero él mismo no debe estar muy seguro de ello. Por otra parte, el regreso sin revolución significaría que aprueba las medidas de democratización que se suponen iniciadas en el país. Supondría un apoyo a Lanusse. El dilema ante el que se encuentra el general Perón es grave. Su regreso puede significar una revolución, sin ninguna garantía de que pudiera ganarla, o bien la aceptación de la «democracia a plazos» del general Lanusse, en la que podría disolverse su leyenda en la espera de un par de años. Pero si no regresa ahora, daría la sensación de abandonar a sus fieles en un momento decisivo, de abandonar una lucha cuya expectativa ha mantenido durante mucho tiempo.

¿POR QUE SE HA LIBERADO A CALLEY?

NIXON QUERIA EVITAR A TODA COSTA QUE SE ACUSASE A LOS CULPABLES DE ARRIBA

CUALQUIER cosa antes que un acuerdo con los comunistas, cualquier cosa antes que el gesto que abriría las puertas de la paz, cualquier cosa menos fijar de una vez una fecha límite para la evacuación de Indochina. Tal es el sentido del discurso pronunciado el miércoles 7 de abril por el Presidente Nixon. Lo importante no es que haya anunciado una ligera aceleración del ritmo de repatriaciones (que pasarán de 12.500 a 14.000 mensualmente, lo que hará que, a finales del presente año, el cuerpo expedicionario norteamericano se vea reducido a 200.000 hombres) ni siquiera que haya creído conveniente anunciar que este gesto se veía posibilitado por el «éxito» de la invasión de Laos.

Lo que importa es que la serie de desastres militares y morales que acaban de sufrir los responsables de la guerra —Laos, el abandono de Khe Sanh, la destrucción de la base Mary Ann— no parece haberles servido de lección. Lo importante es que Richard Nixon, después de haber lanzado el más extenso programa de «pacificación» de toda la guerra (mil millones de dólares en seis meses para levantar en armas a cuatro millones de sudvietnamitas y liquidar a catorce mil vietcongs), ahora rechaza lo que cada vez aparece con mayor evidencia como condición para la suspensión de los combates y para una conclusión negociada de la guerra.

El discurso de Nixon es tanto más sorprendente cuanto que está a sólo dos días de distancia de la conferencia de prensa pronunciada en Washington por el senador Vance Hartke. Este parlamentario había interrogado en París a los principales delegados del frente de Hanoi en las negociaciones de la avenida Kleber y no hizo en la conferencia más que contar lo que le habían contestado, a saber que el día en que se fijase una fecha aceptable para la total retirada de las tropas norteamericanas, los dirigentes revolucionarios ordenarían el fin de los combates y discutirían la liberación de los prisioneros.

Así, este liberal de tipo kennediano había refutado de antemano el argumento principal de Nixon, según el cual, al anunciar el fin de su compromiso en el Vietnam, los americanos se privarían de un medio de presión para conseguir la liberación de sus soldados prisioneros. Ahora bien, esta liberación puede obtenerla «por las buenas», y ellos se niegan obstinadamente. Esto es típico del modo de pensar del actual equipo de la Casa Blanca. Ni hablar de negociaciones, de diálogo, de intercambio. Lo único que importa, hoy como ayer, es conseguir de los vietnamitas una capitulación y una renuncia formal a su derecho a disponer libremente de su propio país, para un día proceder a su reunificación.



La base de Khe Sanh, abandonada como consecuencia del fracaso de las operaciones en Laos. Ya había sido abandonada una primera vez, y luego fue puesta de nuevo en servicio para servir de apoyo en estas últimas operaciones.